**Manzanilla**

Ellen Gerretzen

Traducción: Rafael Lechner

Capítulo 1

***Un nómada.***

Wolfgang caminaba por la avenida Kurfürstendamm, respi­rando el aire primaveral de Berlín, mientras aquella pala­bra no dejaba de rondarle por la cabeza. ¿Por qué no era capaz de contentarse con vivir en un solo lugar? La respuesta se le había ocurrido de forma inesperada en este hermoso día de primavera, de la mano de aquella caracterización tan sencilla como adecua­da. A pesar de ser Berlín por los cuatro costados una ciudad vital, de tiempo en tiempo le asaltaba un desasosiego y deseo impreci­so. *Sehnsucht*, como dicen los alemanes. Un incontrolable deseo por ver los oscuros y brillantes arroaces con sus saltos gráciles en las unas veces celestes y otras veces negras aguas de las Rías Baixas. Por ver los paisajes delicadamente ondulantes de Extremadura, donde vivía Julia, la mujer a la que amaba. Por ver la belleza y de­cadencia de Lisboa y la lentitud del Tajo. Y por ver el lugar donde le estaba esperando su nueva tarea. En dos horas tomaría el avión a Sevilla, para desde allí seguir en autobús hacia el sur.

Desconocía qué habría al final del recorrido. Por teléfono, Ja­vier solo había querido decir que tenía un trabajito interesante que obligaba a la Guardia Civil a encontrar a alguien ducho en materia policial, alguien que pudiera hacerse pasar por turista y que hablara bien el español y el alemán. Wolfgang cumplía los criterios con creces.

Naturalmente, había decidido acudir, a pesar de que Javier se negara a dar más detalles. El desasosiego ya venía de atrás, pero ahora se añadía la sensación de que le estuvieran inyectando a la sangre una pequeña pero incesante dosis de adrenalina, por la aventura o el peligro que estaban al acecho. Tenía una vaga sen­sación de anticipación y deseo, y se dio cuenta de la sonrisa que eso le provocaba.

Wolfgang, detective internacional.

Un nómada.

Capítulo 2

Javier estaba esperándolo en la estación de autobuses y echó una mirada teatral a su reloj, como si fuera culpa de Wolfgang —por Dios— que el autobús hubiera tardado casi tres horas para cubrir los cien kilómetros de Sevilla a Sanlúcar de Barrameda.

Wolfgang había hecho noche en Sevilla y esta mañana se ha­bía subido al autobús de las diez. Habían tardado tres cuartos de hora solo en salir de la ciudad, donde cada centímetro cuadrado de abrasador asfalto lo cubrían coches, entre los cuales iban zigza­gueando las vespas: semáforos colapsados, conductores frustrados tocando la bocina y él mismo en un autobús lleno hasta la ban­dera, con el aire acondicionado estropeado; personas sudorosas abanicándose, veraneantes escasamente vestidos y domingueros que habían atestado la bodega del autobús de parafernalia para la playa. Una mujer joven detrás de él no dejó de cotorrear por el móvil en todo el trayecto. Se moría de ganas por arrancarle de la mano el teléfono de los cojones para pisotearlo sin descanso hasta dejarlo hecho trizas. Cada pueblo que tenían que atravesar tenía tantos badenes que el viaje parecía una carrera de obstáculos. Su cuerpo no aguantaba más de tanta rabia cuando por fin entraron a la estación de Sanlúcar. Fue el primero en bajarse. Al infierno con ese autobús.

Fue como si se adentrara en el chorro de aire de un gigantesco secador de pelo: aire tórrido que dolía en los pulmones, una ca­cofonía de sonidos, una mezcolanza de melodías que se fundían en un tsunami sonoro.

Sacó su pequeña maleta de la bodega y se acercó a Javier. Se dieron la mano.

—¿Qué está pasando aquí?

—Vaya, ¿no te lo conté? —preguntó Javier. Hizo un gesto con la cabeza—. La Feria de la Manzanilla, las fiestas anuales del jerez. Una locura.

—No, no me lo contaste. De hecho, no me has contado nada de nada.

Wolfgang sentía el sudor que le corría por la frente y la sal que le escocía en los ojos.

—Así por lo menos estaba seguro de que vendrías. Te conoz­co, eres un fisgón.

—¿Fisgón, yo? Para nada.

—Hmm —soltó Javier.

No llevaba el uniforme de la Guardia Civil, sino vaqueros, camiseta blanca y gafas oscuras que le ocultaban los ojos. Un tipo en forma, musculoso, bronceado, sin rastro de transpiración.

Javier Cordobés Galván había sido comandante de la Guardia Civil en el pueblo de Julia, en Extremadura, hasta que lo trasla­daron, hacía dos meses y medio. Ahora era coronel en Sanlúcar de Barrameda, su nuevo destino, una ciudad con una población de setenta mil habitantes, que se duplicaba en verano. Un muy considerable ascenso.

—Se trata de un encargo delicado, quizá no exento de peligro. Te informaré, pero no en el cuartel. Allí no podremos mantener secreta tu participación y eso es un requisito esencial.

Salió de la estación de autobuses, detrás de Javier. Inmediata­mente se vieron inmersos en el jolgorio: manadas de niños, hom­bres y mujeres a caballo, con copas en la mano. Hileras enteras de casetas con alegres lonas rayadas y tablones de conglomerado, cada una con su pequeña barra, sillas y mesas, y en las paredes decoraciones típicamente andaluzas. Tablaos de madera donde bailaban mujeres vestidas con sus luminosos trajes de flamenca, con peinados adornados con una flor y largos pendientes. Un caleidoscopio de colores y sonoridades que iba desplazándose a medida que pasaban nuevas casetas, dado que cada una ponía su propia música a todo volumen. Corrillos de gente alrededor de las mesas, con botellas de fino, comiendo, bebiendo y charlando. En la lejanía se oían los típicos sonidos de una feria de atraccio­nes. El calor era intenso.

Llegaron a la Calzada, el ancho paseo flanqueado de casetas has­ta donde alcanzaba la vista, cada una con su propio nombre encima de la entrada: de amigos del buen vivir, partidos políticos, bodegas de jerez, ornitólogos, personal de ambulancias, lo que fuera. La Calzada estaba cubierta en toda su longitud por un cielo de colori­dos farolillos de papel con lucecitas, y así hasta bien lejos, donde se daba de bruces con el río, que desembocaba en el océano Atlántico. Por la noche, el espectáculo debía de ser fantástico.

Solo se había traído equipaje de mano —a un nómada que se respete a sí mismo le corresponde viajar ligero— pero la desgasta­da maletita sin ruedas que sin esfuerzo alguno había llevado por Berlín se le hacía aquí, con este calor, pesada como un muerto. El sol brillaba con tanta fuerza que le abrasaba los ojos. Javier iba delante de él y Wolfgang no lograba seguirle el paso, porque cada uno que daba le suponía un esfuerzo como si estuviera vadean­do arenas movedizas. Los sonidos iban acelerándose, como si se encontrara en un remolino que lo arrastrara en un torbellino de colores y sonidos. Se dio cuenta de que el asa de la maleta se le fue deslizando de la mano sudorosa. Y de unos gritos cercanos.

—¡Cuidado!

¿Con qué tenía que tener cuidado? El implacable sol fue des­vaneciéndose, plata con destellos dolorosos tornándose gris oscu­ro, voces que se fundían en un zumbido, como el rompiente al subir la marea.

Y oscuridad.

Capítulo 3

Viento cálido. Desorientación. Abanicos pensados para refres­car. Alguien que le hacía beber agua. La cara de Javier.

—Te desmayaste. ¿No te encuentras bien? Vamos al puesto de primeros auxilios.

—No hace falta.

Wolfgang se levantó como pudo y se sacudió la arena ocre de la ropa. Estaba en medio de un corrillo. Se avergonzaba. Desma­yándose. Se sentía flojo y algo mareado.

—Habrá sido el calor. Vámonos.

Lejos de esa marabunta de caras.

—Si estás seguro… —dijo Javier—. Ya llevaré yo tu maleta. Vamos a un sitio donde podemos hablar sin que nadie nos mo­leste, en el barrio de los marineros.

—¿Al barrio pesquero? ¿No vamos primero al hotel, para dejar la maleta?

—No irás a un hotel —dijo Javier—. He organizado otra cosa.

Carecía de sentido seguir preguntando. Iba detrás de Javier, por donde el Hotel Guadalquivir, de trece plantas con vistas al río del mismo nombre. Allí siempre se había alojado en el pa­sado. Ahora iban zigzagueando por callejuelas que no iban más que estrechándose, donde los edificios señoriales iban dejando paso a casas más pequeñas y más sencillas. Viviendas nuevas alter­nándose con construcciones viejas, muchas veces destartaladas, viviendas de patio compartido donde vivían varias familias que en algunos casos además tenían que compartir el baño. Pequeñas tiendas de barrio. En las esquinas había hombres con balanzas vendiendo pescado, almejas, higos chumbos limpios, zanahorias o patatas. Tascas donde se oían voces, con hombres fumando en el quicio de la puerta. Rostros castigados y curtidos por el sol, en­marcados por cadenas de oro con cruces y vírgenes, bocas huér­fanas de dientes, brazos y hombros tatuados. Viejas motocicletas petardeantes: el barrio pesquero.

Javier se detuvo delante de un bar en una esquina.

—Ya estamos.

—Por fin.

Wolfgang tenía el paladar como un estropajo y se moría por ingerir algo líquido. Miró a su alrededor. En la esquina opuesta había un grupito de hombres con muy malas pintas fumándose un porro, cada uno con su litrona, con un pequeño transistor por el que sonaba flamenco a todo trapo. Se lo quedaron mirando en silencio, con sus inexpresivas caras erosionadas, miradas que al entrar al bar sintió que se le clavaban en la espalda.

Era un pequeño espacio oscuro, donde un viejo ventilador pa­recía estar dando sus últimos estertores. Detrás de la barra había un camarero sorprendente. En su vida había visto a un barman al que le sobresalieran las rodillas por encima de la barra. En una vieja televisión ponían un documental de la National Geogra­phic. La pintura estaba desconchándose y vio una cucaracha que salía huyendo. Un pequeño barril viejo, unos vasos y una bomba de cerveza. Un bate de béisbol apoyado contra el barril. Al final de la barra había una escalera de mano. Las paredes tenían por única decoración imágenes de la Virgen, como si el espacio lo hubieran mantenido lo más desnudo posible para que toda la atención se centrara en el hombre detrás de la barra.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó el patrón. Tenía las rodillas grue­sas y encallecidas. Llevaba pantalones cortos negros y camisa blanca de manga corta con los tres botones de arriba abiertos. Por el pecho, entre una jungla de vello, se le asomaba una cadena de oro de la que colgaba una cruz. Edad: desconocida. Color de piel tirando a oscuro, pelo negro azabache brillante y rizado que le cubría toda la nuca. Al parecer se había construido una plataforma elevada de madera a la que podía subirse sirviéndose de la escalera de mano.

Javier asintió con la cabeza.

—Es alemán, pero habla bien español.

El hombre se presentó como Sandojé.

—Puedes llamarme Sando. Serás bienvenido con tal de que recuerdes dos cosas. La primera es que no quiero que me digan «enano», y me sobra cualquier alusión a mi altura. Solo soy pe­queño porque la norma es grande. La segunda es que en mi bar la consigna es ver, oír y sobre todo callar. También está permitido callar solamente, mejor incluso.

—Es cien por cien de confianza —dijo Javier—. ¿Tienes la salita libre?

Sando hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta en la es­quina y preguntó:

—¿Manzanilla?

—Cerveza —contestó Javier.

Wolfgang dudó. Manzanilla. La variante más seca de jerez que solo alcanzaba su sabor divino en Sanlúcar, de ahí su denomina­ción propia de manzanilla. El guiño a la planta de igual nombre se notaba en el final levemente amargo y en su color de un do­rado pálido. Tan distinto al jerez de la vecina ciudad de Jerez de la Frontera. Pensó en la rivalidad entre ambas localidades y se le dibujó una sonrisa. Los habitantes de Sanlúcar consideraban natural que su manzanilla fuera superior y aseguraban por norma que el fino de Jerez de la Frontera daba dolor de cabeza. Y en Jerez decían que era justo al revés. Sando y Javier se lo quedaron mirando con expectación. Wolfgang sentía la lengua como si hubiera tomado un bocado de arena.

—Cerveza —dijo.

Capítulo 4

—¿Seguro que estás bien? Estás sudando como un cerdo —dijo Javier.

El camarero les había puesto dos cervezas y un platito con chori­zo y después los había dejado solos. Wolfgang apuró su vaso en dos tragos. Lógico con ese calor. Gracias a Dios había un ventilador en el techo. Le seguía pareciendo un misterio que Javier consiguiera tener el mismo aspecto que en un fresco día primaveral. Un tipo de cuarenta y cinco años en la flor de la vida. De golpe se sintió viejo.

Tenía paseándose junto al pie una cucaracha de dimensiones colosales. Se estremeció. Demasiado grande como para matarla de un pisotón. Estaba imaginándose el crujido y cómo se derra­marían las tripas húmedas.

—Quizá deberías comer algo. —Javier le acercó el platito. Wolfgang inspeccionó los trocitos de chorizo, intentando repri­mir una sensación de indisposición. A saber lo que habría estado reptando por encima de aquello. De todas formas, no tenía ham­bre, últimamente tenía el apetito por los suelos.

—No, deja, cuéntame.

Javier tenía los codos apoyados en la mesa.

—Nunca te he contado la verdadera razón de que me traslada­ran a Sanlúcar. Y antes de seguir: esto es estrictamente confiden­cial. Ni una palabra, a nadie.

Conocía a Javier, buen amigo de Julia, desde hacía varios años. A Wolfgang le costaba describir su relación con Javier, que se comportaba de forma autoritaria, seguro de sí mismo, cosa que le irritaba. Más de una vez se le hacía a Wolfgang que su trato con Javier era como el de dos luchadores de sumo que no se quitaban ojo mientras iban girando en círculos.

—Hay una urbanización, aquí en Sanlúcar de Barrameda, con villas de lujo y pista de golf, yendo hacia Bonanza, el pueblo unos kilómetros más allá, donde está el puerto pesquero. Se encuen­tra en una colina, con vistas al río y al océano. Es un complejo amurallado, con una sola entrada a la urbanización, y allí hay seguridad las veinticuatro horas del día.

—Pareces un agente inmobiliario que me quiere endilgar una casa —dijo Wolfgang. La ropa se le pegaba al cuerpo y sentía ga­nas de estar en una habitación de hotel con aire acondicionado y de darse una ducha fría.

—No vas muy desencaminado. Hay una pareja alemana que tiene allí su residencia permanente. Él tiene un negocio de flores ornamentales, principalmente para fuera de España, ella una em­presa inmobiliaria. Hay varios motivos por los que hemos centrado nuestra atención en ellos. El primero es que les visita con regulari­dad una pareja de rusos. Sin excepción llegan en su lujoso yate de alta mar y por lo visto no hacen mucho más que navegar por ahí, lo cual es sospechoso cuando tantas veces el destino es Sanlúcar.

—¿Por qué sospechoso?

—Porque Sanlúcar es más o menos el colador de Europa si hablas de narcotráfico: el océano con la costa de África a menos de cien kiló­metros, el río y enfrente el Coto de Doñana, un inmenso espacio na­tural con decenas, si no son centenares, de arroyos y calas. Es impo­sible controlar todo lo que se desembarca en esta zona. Hacemos lo que podemos con nuestros barcos patrulleros y helicópteros y nues­tro puesto de observación en el último piso del Hotel Guadalquivir, pero es arar en el mar. Por no decir nada de La Colonia, una gran extensión de tierras inabarcables, justo al norte de Sanlúcar, donde se cultivan patatas, verduras y flores. Es un laberinto de senderos, inver­naderos y monstruosos chalets ilegales. Cuando ves algunos de esos castillos sabes que es imposible financiarlos plantando zanahorias. La droga que hay escondida allí, eso no lo sabe nadie. La segunda razón es que el mes pasado registramos uno de sus camiones, y ¿qué nos en­contramos entre los claveles y gladiolos? Cocaína. El camionero negó cualquier implicación, como hacen todos, ni siquiera saben cómo fue a parar la droga donde ellos cuando se la sacas personalmente de los bolsillos. El conductor ha sido detenido, pero bien es posible que diga la verdad y entonces la cosa cambia. —Javier se echó hacia atrás en su silla. Hasta ahora no le había revelado gran cosa, por decirlo suavemente.

—¿Y para eso me has traído hasta aquí? ¿Para un caso corrien­te y moliente de drogas?

Javier hizo un ademán impaciente con la mano.

—Todavía no he terminado de hablar. Naturalmente, hay más, pero es muy delicado.

El camarero entró con otras dos cervezas y Javier estuvo calla­do hasta que se marchó.

—No nos interesan esos alemanes y rusos, estamos vigilándo­los, pero por el momento los dejaremos en paz. Tiene mucho más interés la posible conexión española, encarnada por Felipe Gor­dillo, al que también se le puede ver con frecuencia en la urbani­zación. Él es el motivo por el que me han trasladado a Sanlúcar y por el que yo te he reclutado a ti.

—Te expresas de maravilla.

—Gracias. Estamos vigilando a Gordillo sin llamar la aten­ción y tenemos que andarnos con mucho cuidado. Se conoce a todos los policías y guardiaciviles de Sanlúcar, de modo que los reconocería incluso si van de paisano.

—Entonces, ¿por qué no mandas venir a unos cuantos de otra ciudad? —Seguía sin verle mucho interés al asunto. Wolfgang be­bía su cerveza, demasiado fría, según la costumbre española. Gra­cias a Dios había dejado de sudar, pero la flojera no se le había ido.

Javier negó con la cabeza.

—No es una opción. Gordillo huele a cien metros a cualquier policía, los conozca o no, es parte de su oficio. Y ahí es donde apareces tú.

—¿Quién es ese Gordillo? ¿Un traficante de drogas? Por cier­to, no entiendo por qué un caso de drogas tendría que ser materia tan sensible.

—Es tan sensible porque es el comisario en jefe de la Policía Nacional de Sanlúcar. Su posición es más importante que la mía.

Según tenía entendido Wolfgang, el Cuerpo Nacional de Poli­cía, más conocido como la Policía Nacional, era el cuerpo que en primer lugar se encargaba en las zonas urbanas de la lucha contra el crimen y del mantenimiento del orden. La Guardia Civil tenía las mismas tareas, pero en las ciudades de menor tamaño y en el campo. Y luego estaba la Policía Local que se quedaba con las migajas locales, como las multas de tráfico, peleas entre vecinos y la prestación de servicios a los otros dos cuerpos.

—Llevamos ya bastante tiempo viendo cómo fracasan nues­tras grandes operaciones antidroga, demasiadas veces para que sea casualidad. Creemos que los capos reciben chivatazos, y debido a que en asuntos de drogas colaboramos con frecuencia con la Policía Nacional, hay sospechas de que es allí donde está la fuga.

—¿Y por qué no donde vosotros?

Javier le lanzó una mirada envenenada.

—Créeme, mientras yo sea aquí el jefe, nadie mueve nada sin mi permiso. Además, hay precedentes. No sería la primera vez que la propia Policía Nacional estuviera implicada en asuntos oscuros de drogas. Hace años, la propia cúpula del cuerpo en Madrid puso en marcha una operación con el acertado nombre de «Operación Manzanilla», al haber indicios de que la Policía Nacional de Sanlúcar había sido infiltrada y que había implica­dos altos mandos que facilitaban el negocio a cambio de dinero. Desde Madrid tuvo que venir una unidad especial encubierta a Sanlúcar, y después el cuerpo salió purgado. En esa época ya es­taba Gordillo, por aquel entonces como inspector, pero no se encontró ninguna prueba contra él.

Ahora la historia parecía estar repitiéndose, pero esta vez las altas esferas habían decidido actuar de otra manera, según Javier. Las di­recciones nacionales de la Policía Nacional y Guardia Civil se habían puesto de acuerdo para tomar la decisión poco ortodoxa de recurrir a alguien de fuera, con la asignación del correspondiente presupuesto. Javier era el hombre indicado para esta operación. Tenía fama de intachable y era el único que estaba al tanto, y que podía estarlo. Le habían dado carta blanca, lo cual ya era muy significativo. Su traslado a Sanlúcar no se había producido en el marco habitual de la política de ascensos, sino que a su antecesor lo habían prejubilado.

—¿De qué partís para sospechar que Gordillo está implicado? —preguntó Wolfgang.

—Se le ve con mucha frecuencia en esa urbanización. Cree­mos que desde allí se está manejando una red de tráfico de drogas.

—Un poco raquítico, ¿no crees?

—Por eso creo que arriba saben más, ellos son los que tienen los contactos a alto nivel con otros cuerpos y con Interpol. Quizá sepan algo de lo que no quieran que yo me entere, por ser mejor que yo no sepa más que lo necesario. Y por eso estamos tú y yo ahora aquí cara a cara.

Un comisario en jefe posiblemente corrupto, eso ya sonaba bastante más interesante.

—Gordillo no gestiona bien a sus efectivos. Conozco los bares donde sus hombres se beben todos los días su manzanilla, sin pa­gar. Unos en el barrio pesquero, otros en el barrio alto: tienen sus direcciones fijas, periféricas, donde no llaman la atención. Hay falta de disciplina y se enrollan demasiado con la población local. Eso no se lo verás hacer a mis hombres, te lo puedo garantizar.

Wolfgang pidió más información sobre Gordillo, por dónde solía dejarse caer para tomarse sus copas, y fue anotándolo todo.

Javier le entregó una foto.

—Es fácil reconocerlo.

Wolfgang miró la foto. Muy fácil, por decirlo de alguna ma­nera.

—Me pongo con ello.

—Sando te llevará al lugar donde vas a dormir.

Los hombres de las litronas en la esquina se quedaron mirán­dolos en silencio cuando salieron a la calle. Wolfgang siguió al ca­marero Sando por las callejuelas, cruzando una plazoleta, hasta que llegaron a un grupo de casitas de una sola planta. Se metieron por un callejón de menos de un metro de ancho y desembocaron en un laberinto de callejas y casitas blancas encaladas. Por todas partes ha­bía macetas con geranios, perros y gatos a la sombra protegiéndose del calor, y mujeres con escobas o cubos observándolo sin disimulo.

Sando se detuvo delante de una casita e hizo un gesto.

—Aquí tienes tu casa. Yo me quedaré entretanto en la de mi hermano. Me temo que los interruptores de la luz y los grifos y los espejos estarán algo bajos para ti, pero te agachas un poco y ya. Por cierto, mi cama es de tamaño normal, tiene un colchón saludable, muy cómodo.

—No quisiera echarte de tu casa, no me cuesta nada irme a un hotel.

El hombre negó con la cabeza y chasqueó la lengua, como el pájaro carpintero cuando perfora un tronco.

—No, mejor así. Aquí puedes contar con la gente, si necesitas algo te ayudarán. Lo único que te pido es que cuides a mi masco­ta. Ya te he dejado las instrucciones. Supongo que te gustarán los animales domésticos, ¿verdad?

Wolfgang miró hacia el gato que dormía a la sombra de una planta. Era el gato más grande que jamás hubiera visto en su vida, un gato enormemente gordo de color rojizo con una cabeza cua­drada como de boxeador de feria. El animal debía de pesar veinte kilos. Se sonrió.

—Soy un amante de los gatos.

Sando siguió su mirada e hizo una mueca. Solo ahora se dio cuenta de que tenía un diente de oro con un pequeño diamante.

—Ese es el Gordo, es de los vecinos. Yo tengo un perro.

¡Un perro! Un bicho de esos sumisos, peludos, ladradores que agitaba la cola y que te metía el hocico en la entrepierna sin pro­blema alguno. Les tenía manía a esos animales.

—Es muy tranquilo si sabes cómo tratarlo —continuó Sando y al abrir la puerta de su casa salió como un vendaval un pastor alemán que casi lo derriba de lo contento que estaba y que se de­tuvo gruñendo delante de Wolfgang. Se había esperado un perro con unas dimensiones más acordes con las del pequeño hombre.

Sando parecía estar leyendo sus pensamientos.

—¿No estarías pensando que tenía un chihuahua, verdad?

Tal vez eso no, pero entre ambos extremos había otros formatos. Desde hacía unos años los españoles habían dado la bienvenida en bloque al perro como animal doméstico y cuando los españoles da­ban la bienvenida a algo, fuera lo que fuera, lo hacían con una en­trega incondicional, y muchas veces sin ningún tipo de restricción dictada por el sentido común. Pequineses, Schnauzers y chuchos de procedencia imprecisa llenaban las calles, las tiendas de animales con los accesorios más sorprendentes se multiplicaban como hon­gos. Pequeños jerséis, falditas, gorritos, gafas de sol, cadenas con dijes, perfumes para perros… solo Dios sabía cuánto habría que esperar todavía para que saliera el primer *smartphone* para perros, con cascos para que el mejor amigo del hombre pudiera escuchar su música favorita y comunicarse con sus colegas caninos.

—Siéntate —dijo Sando, y el bicho se sentó—. Amigo —pro­siguió mientras señalaba a Wolfgang. El animal siguió sin quitarle ojo, pero al menos dejó de gruñir. —Ni se te ocurra llevártelo al centro de la ciudad, porque en­tonces se pone nervioso y de mal humor. No le gusta demasiado verse entre la gente. Siempre me lo llevo de paseo fuera de la ciu­dad, bordeando el río, en dirección a Bonanza. Si se pone pesado me llamas. Aquí tienes mi número.

—Pero ¿no era un perro tan fácil?

—Puede agriarse cuando tiene hambre. La nevera está llena, por cierto. Se llama Hades. Digo el perro, no la nevera. Me vuel­vo a la tasca, vente cuando te hayas recuperado un poco.

Sando desapareció y Wolfgang entró a la casa. Oyó como sona­ban las uñas del bicho en las losas. Genial. Uno se viene a Sanlúcar convencido de que va a hincar el diente en un caso desafiante y emocionante, y ¿qué ocurre? Se desmaya, se encuentra en una casu­cha perdida con un insoportable calor sahariano y con un monstruo agresivo con dientes demasiado grandes. Inspeccionó la vivienda. Hades le pisaba los talones. El tic-tac detrás de él estaba empezando a irritarle. Quería ducharse, pero antes muerto que pasarse un solo segundo desnudo en el mismo espacio que ese bicho. Entró al baño y dio un portazo. Hubo arañazos en la puerta, aullidos y después ladridos. Pues que ladrara hasta caerse muerto.

Del grifo de agua fría salía agua caliente, de modo que no tar­dó mucho en salir de la ducha. Volvió a vestirse y abrió la puerta con sigilo. Hades estaba justo delante de ella y se le quedó miran­do con un leve temblor en el labio superior. Parecía que el animal se daba cuenta de que se sentía incómodo y seguramente también que los perros no estaban entre sus animales favoritos. Había que cambiar eso. Entró a la cocina, sacó una galleta de perros y la lan­zó al aire. Hades saltó, sonó la mandíbula que se cerraba de golpe, y devoró la galleta ruidosamente.

—Si te comportas te daré todas las galletas que quieras.

Le iba a comprar el saco de pienso más grande que pudiera encontrar. El pequeño músculo del labio superior volvió a con­traerse con pequeños espasmos, y le lanzó otra galleta; después se sirvió un tazón de gazpacho. Hasta se sentía mejor. Hades dio un brinco, se le acercó y le metió el hocico en la entrepierna. Wolfgang le plantó la rodilla con firmeza encima de la cabeza, lo que provocó un gruñido que le dio escalofríos, a pesar del calor.

—Muy bien, así me gusta —dijo una voz. Hades empezó a mover la cola y pasó a su lado corriendo. Wolfgang se giró. El perro saltaba contra Javier, que acariciaba al bicho por la cabeza mientras le decía en voz alta y de forma tajante «¡Al suelo!», una orden que el perro cumplió al instante. Tumbado en el suelo es­tuvo aullando suavemente, agitando la cola.

—Solo tienes que dejar claro quién es el que manda.

—Tú tienes mucha experiencia con eso, está claro.

—¿Insinúas algo? —preguntó Javier.

—Así es como tratas a todo el mundo, ¿o no? «Siéntate», «qué­date», «cállate». Solo te falta decir «fuera» o «aquí». Eres increíble­mente autoritario, ¿no te das cuenta?

—¿Has terminado de hablar? Bien. Desde que llegaste te has portado como un niño. Tal vez sea el calor y debes aclimatarte todavía un poco, o es otra cosa, pero sea lo que sea, me estás po­niendo bastante de los nervios.

—¿Qué otra cosa podría ser si no es el calor?

—Un estado caracterológico crónico, pero esperemos que no sea eso.

—¿Solamente has venido para cantarme las cuarenta?

—No solo. —Javier se metió la mano en el bolsillo del pan­talón y sacó un teléfono móvil—. Te lo habías dejado. Por Dios, intentemos tratarnos como profesionales.

—¡Guau! —le ladró Wolfgang ofendido, dejándose caer enci­ma del sofá, al que habían serrado las patas. Se le clavó un muelle en el muslo y se cambió de sitio. Hades movió la cabeza y se le quedó mirando con sus ojos amarillentos mientras subía leve­mente el labio superior dejando a la vista un colmillo que habría sido la envidia del sabueso de los Baskerville.

Javier se fue de la casa y Wolfgang volvió a incorporarse.

Comenzó de inmediato con su nuevo encargo.

Capítulo 5

El polvo y el viento tórrido le abrasaban los pulmones. La ca­rretera al pueblo pesquero de Bonanza parecía interminable y, a juzgar por sus pequeños gruñidos, Hades estaba poniéndose cada vez de peor humor. No había sombra alguna, los coches y las motocicletas pasaban por el asfalto ardiente como por un circuito de carreras. Estaba con Hades en un horno horroroso. Aleluya.

Wolfgang se detuvo ante una cafetería, se sentó en la terraza a la sombra y pidió una cerveza y un cuenco de agua para Hades. El perro se la bebió a lametazos, ruidosa y sobre todo desagradable­mente. Tapó la cerveza por si la pudiera salpicar. Bicho asqueroso.

Wolfgang consultó sus apuntes.

La pareja alemana. Dieter Henning y Sandra Weiss, cuarenta y dos y cuarenta años, de Berlín. Él tenía aquí un vivero de flores y plantas y ella llevaba una inmobiliaria. Wolfgang frunció el ceño. Desde el sonoro estallido de la burbuja inmobiliaria y desde que media España estaba plagada de construcciones inacabadas y hasta con completas ciudades fantasma, se había disparado el número de oficinas inmobiliarias que habían tenido que echar el cerrojo. Era un sector donde en estos momentos uno no podría ganarse el pan.

Javier había verificado que la adquisición del vivero de Dieter se hizo en toda regla a través del banco, lo cual no excluía que bajo mano no hubieran cambiado de dueño fajos enteros de billetes, ya que esas eran las costumbres locales. Hades había terminado de lamer y soltó un breve ladrido, lo que hizo que Wolfgang hur­gara en el bolsillo de su pantalón para sacar una galleta y lanzarla al aire. El animal la cazó al vuelo.

Y luego estaban los rusos, de los que se sabía aún menos. Él te­nía treinta y ocho años y se llamaba Markusz Bartkus, un lituano étnico con pasaporte ruso. Ella se llamaba Zoya Fedorova y tenía treinta y seis. Vivían en Moscú y parecía que no se dedicaban a mucho más que a navegar en su yate de lujo. Estarían podridos de dinero, gracias a algún turbio negocio, sin necesidad de trabajar nunca más, al menos ese era el tópico cuando se trataba de rusos adinerados. Pero no era sensato llegar a conclusiones mientras no se sustentaran en hechos.

El pasado año, el yate había sido visto varias veces en Sanlúcar y Javier en persona había ordenado que una patrullera de la Guardia Civil fuera a echar un vistazo. Estaba fondeado en la desemboca­dura, justo fuera del canal de navegación y desde el barco salía con regularidad una pequeña lancha para traer del muelle, del famoso restaurante Casa Bigote, bandejas de langostas y langostinos. No se había detectado nada sospechoso, los propietarios habían accedido a que el perro antidroga se diera una vuelta y este no había descu­bierto nada que excitara su experto órgano olfativo.

Nuevos ricos que ya no sabían qué hacer con su dinero y tiem­po, ¿o había algo más? Si hacían buenas migas con los alemanes y estos efectivamente estaban metidos en líos de drogas, no era descabellado suponer que hubiera un interés compartido. Y luego estaba Gordillo, el jefe de la Policía Nacional, que merodeaba por la urbanización.

Se levantó. Ya era hora de verlo con sus propios ojos.

Llegó a la urbanización, llamada El Paraíso, después de un largo ascenso entre viñedos, por una carreterita serpenteante, sin sombra alguna y con mucho polvo. Estaba rodeada de muros blancos de piedra de más de dos metros de altura. A la entrada había un edificio con un puesto de observación en la parte más alta y que abajo tenía una barrera. Junto a esta había dos venta­nas; detrás de ellas un hombre con uniforme de guardia jurado estaba estudiándose el periódico deportivo. Se percató de la pre­sencia de Wolfgang y salió.

—¿Para quién viene?

—Quería echar un vistazo —dijo Wolfgang—. Estoy pensan­do en comprar una casa y me parece un bonito sitio.

El hombre movió la cabeza.

—Las visitas son solo con cita previa con la agente de la inmobi­liaria, lo siento. —Había sonado como si le diera totalmente igual.

—¿No puedo mirar un momentito?

—No pueden entrar extraños al recinto si no es por invitación de uno de los habitantes. —Se había puesto en jarras. El unifor­me le sentaba como una segunda piel y no tenía pinta de ser de serie, como ocurría en la mayoría de las empresas de seguridad. Su pistola de gas, mate y de un negro grisáceo, parecía absorber la luz solar.

—¿Esto qué es? ¿Alcatraz?

—La gente paga bastante dinero para poder vivir en este lugar y valoran mucho su privacidad.

—He venido a pie durante tres cuartos de hora con un sol de justicia para llegar hasta aquí, ¿y ahora me echa?

El guardia lo miró de arriba abajo.

—¿No tiene coche? —Su mirada y tono de voz insinuaban que en ese caso Wolfgang no pintaba nada aquí, de ninguna ma­nera. No cayó la palabra «pelagatos», pero la implicación era más que clara.

—¿No puede llamar a esa agente inmobiliaria y pedirla que venga para darme una vuelta?

—¿Yo?

—Sí, usted, salvo si está demasiado ocupado con sus tareas, claro.

El hombre lo miró disgustado. Wolfgang se dio cuenta de que no estaba actuando con cabeza. Había que estar a bien con perso­najes clave que pudieran ser útiles para la investigación en curso, y los porteros de las urbanizaciones de las que uno necesitaba saber más formaban parte de ese grupo, sin duda, igual que los camareros de los bares y los recepcionistas de los hoteles. Eran personas que se encontraban con muchas otras y que veían y cap­taban cosas que debían callarse, pero que algunas veces estaban dispuestas a compartir por un poco de dinero. Wolfgang sacó del bolsillo un billete de veinte euros y se lo entregó.

—Por el esfuerzo.

Se le asomó una sonrisa.

—Claro, ahora mismo llamo.